

Editorial

CARLOS JIMÉNEZ ROMERA
Madrid (España), 30 de junio de 2010.

La supresión de la servidumbre en Rusia, en 1861, no trajo aparejada una mejora de las difíciles condiciones en que vivían los campesinos desposeídos. La frustración que esto provocó alentó la rebeldía que, con el lema *Zemlya i Volya* (Tierra y Libertad), se propagó por todo el imperio, fundándose en 1876, en San Petersburgo, el movimiento popular que llevó ese nombre y que tanta influencia tuvo en las luchas que culminaron en la revolución de 1905.

PINEDA (2005:26)

Este número del Boletín CF+S podría titularse «territorio y gobernanza» (o gobernabilidad, según qué escuela), empleando un lenguaje académicamente neutro, pero no deja de ser otra forma de referirse a un problema político que ya quedó patente durante el siglo XIX: «tierra y libertad» hace referencia a la necesidad de asociar libertades políticas y económicas como la única manera de hacerlas realmente efectivas. El lema revolucionario se hizo popular en el anarquismo español y alcanzó la fama mundial en la Revolución Mexicana, a través de su actor más conocido: Emiliano Zapata. En pleno siglo XXI parecen superadas todas esas proclamas ‘simplificadoras’, pero el problema de base persiste. Buscando en Internet el lema en cuestión, podemos encontrar el manifiesto de un movimiento político peruano contemporáneo:

Peruanas y peruanos de distintas partes del país hemos decidido unirnos en el Movimiento Tierra y Libertad, para promover un nuevo Perú. Queremos que la nuestra sea una tierra libre de opresión y desigualdad por clase, raza, género, religión y orientación sexual. Libre de exclusión y explotación inhumana. Basta del abuso, por parte de los gobiernos y de los poderosos, a nuestra gente, a nuestra patria y a los medios que la naturaleza puso en nuestro territorio para que vivamos en común.

Manifiesto del Movimiento Tierra y Libertad

El lenguaje ha cambiado, se ha modernizado, ya no se habla exclusivamente de la tierra como sustento del campesino, sino de los recursos naturales que explotan las grandes multinacionales a costa del sustento y de la salud de las poblaciones. El problema persiste: se ha liberado a los pobres de la servidumbre, a través de la democracia representativa, pero siguen sin tener control efectivo sobre lo que sus gobiernos deciden sobre sus tierras. Es un problema de representatividad y de minorías, pero también un problema de distintas percepciones desde el campo y la ciudad: los pobres urbanos quieren inversiones de capital que generen, directa o indirectamente, empleo en las ciudades; los pobres rurales empiezan a ser conscientes de que el dinero rápido de las explotaciones mineras, por ejemplo, siempre tiene efectos perniciosos a medio plazo, que suelen acabar con la base económica tradicional y terminan por expulsar (hacia las ciudades) a la población.

En el primer mundo ya no se toleran situaciones tan extremas, pero igualmente sus espacios ‘rurales’ se ven abocados a la muerte por inanición si no transigen en una invasión de la urbanización. La agricultura y la ganadería se paga a precios del tercer mundo, el coste de la vida, a precios del primer mundo; no es raro, pues, que no se considere la agricultura como una alternativa real, al margen de los subsidios. En ambos ejemplos la falta de libertad o alternativas económicas lastra la soberanía política de estos colectivos.

En cualquier caso, simplificar el problema en términos de oprimidos y opresores puede ocultar elementos fundamentales para su comprensión. El discurso sobre la servidumbre voluntaria, que se une a nuestra colección de clásicos, ofrece una reflexión que sirve de marco para el resto de artículos de este número. Todos participamos en un sistema global asombrosamente coherente que condiciona ‘hacia abajo’ gran parte de nuestras acciones, incluso desde la disidencia. En este sentido, y como tratan de ilustrar los artículos del primer bloque, no se pueden aislar los procesos de urbanización y de destrucción del capital natural de los mecanismos financieros (capitalistas en último término) que los alimentan.

Parece sensato que la resistencia a la lógica (auto)impuesta de la ‘destrucción creativa’ del Capital se centre en los espacios concretos y en las personas concretas, donde pueden establecerse relaciones directas al margen de las lógicas globales; pero también hay que ser conscientes que la lógica economicista imperante está en pleno periodo de expansión y que intenta hacerse con el control de cualquier espacio de participación. El segundo bloque de artículos se centra en temas de gobernanza urbana, desde enfoques diversos y con menores o mayores dosis de optimismo. Y por último, dos artículos escritos por arquitectos reflexionando sobre su trabajo; pueden parecer un poco fuera de contexto, pero si los leemos dentro del

marco que estamos describiendo, nos damos cuenta de que el primer paso para cuestionar la lógica impuesta consiste en tomar conciencia de los problemas y de las necesidades de los otros, y actuar, desde el ámbito propio de cada uno, por el beneficio colectivo de las personas.

Referencias bibliográficas

PINEDA GÓMEZ, FRANCISCO
2005 *La Revolución del Sur, 1912-1914*
México: Ediciones ERA, 637pp.